

SIETE PALABRAS

Sr. Presidente del Círculo Mercantil e industrial, señores representantes de su dignísima Junta directiva, Señor hermano Mayor de la Archicofradía Sacramental de las Siete Palabras de Sevilla, señor presentador, por tan magníficos y taurinos elogios, amigos, cofrades, sevillanos, señoras y señores:

LA CANCELA...

filtra la luz de las velas en esa nostalgia que usted acuna y cobija dentro de la talega del pasado, donde duermen memorias viejas y casi enmohecidas, creadas a la trama de juegos infantiles, de esperas vehementes y cercanas, de ingenuas excusas y de los primeros adobes que luego conformarían el zócalo que sustenta su querencia por lo nuestro. Sí, por lo suyo y por lo mío, usted ya sabe. Porque usted se ha acercado muchas veces, se ha agarrado a sus barrotes como a la tabla de Robinson y algún que otro beso, robado a la sombra del templo, le ha soltado como a una santa imagen, como a alguien muy querido. Ella es la frontera entre las aflicciones de fuera y el bálsamo de dentro, el que alivia las heridas. Y lo hace desde niño, desde muy niño. Allí sigue su tiempo.

Usted vuelve, suspira, mira el envés de sus manos y advierte que el tiempo pasa. Mas, en estas fechas, ella planta su oscuro hierro, segura, solemne, y sin atender a pesadumbres personales y frívolas, sin otra pretensión que servir para lo que sirve, para separar lo profano de lo solemne, y cobijar allí el vuelo de sus sueños. No desprecie nunca esta teoría; con ella, aprendió a distinguir lo que está detrás, y también lo que se va quedando dentro, y lo que se queda fuera antes de llegar, o bien dejarse atrapar por su frialdad y volver a marcharse.

Pero allí aprendió usted a seguir el compás de las estaciones, de las luces y las sombras y de los modos del sitio, a entender el ámbito y fundirse en él, a formar parte del entramado y bendecir por siempre jamás esta soga que se le ha liado al cuerpo sin saber cuándo, ni por dónde, ni por dónde no. Recuerda aquella mano agarrando su manita para llevarle allí, para verle, para rezarle, para echar la moneda en el cepillo y para despedirse de Él con un beso soplado. Siempre ha estado allí, es la enseña de su vida, estable y con la que no puede el crono, y ese niño fuera, con el dedo señalando a los ángeles lampareros y haciendo una nueva pregunta... ¡Ese!... ese es usted, y no esto en lo que se ha convertido.

Usted regresa, la toca, recibe una descarga de vacíos y silencios, y un rimero de preguntas le acucian sin que tenga respuesta clara –tantas respuestas- con la que detener esa andanada... retira la mano cuando nota el cosquilleo de una sombra que acuchilla el aire o un sigiloso roce de pasos, siente repelucos en la espalda y busca grandes razones para seguir viviendo como vive, e invoca a Dios, a ese Dios que a veces se queda dormido y no atiende sus súplicas. Pretende huir y se retira velozmente, pero entonces vuelve a sentir la herida del amor y la hace suya, la mece y la protege, gira sus pasos, y vuelve usted a la cancela, a rescatarse. Aún es tiempo de cosechar el pasado. Y de volver a ser ese niño.

Y LAS PALABRAS, SIEMPRE LAS PALABRAS....

...que aunque no sean siete exactamente, hablo de todas las palabras, pueden en un momento determinado tener el mismo valor y mensaje. Las palabras son importantes en nuestras vidas. Se puede decir la misma cosa de miles de maneras, pero eso sí, siempre debemos buscar las que demuestren nuestro cariño, amistad y respeto hacia los demás.

Con las palabras podemos alterar el estado de ánimo de alguien, enfadarle o hacerle feliz, meterle en nuestro empeño o hacer que nos odie, según vayan colocadas. Fijense si la manera de colocar las palabras es importante dentro de una frase que dos curas, fumadores ambos, tenían audiencia con el señor Cardenal. Al primero, le prohíbe fumar; sin embargo, al segundo, se lo autoriza. ¿Cuál es la fórmula? El primero le pregunta si mientras se reza el rosario se puede fumar. El Cardenal le contesta: ¡No diga usted barbaridades, hermano! ¿Fumar rezando el rosario? Sin embargo el segundo, ordena las palabras de forma distinta: Su eminencia reverendísima, mientras se fuma... ¿se puede rezar el rosario? Claro que sí, hermano...

Las Siete Palabras de Sevilla no es sólo una hermandad, sino dos. Una de ellas, más ligera, brillante y colorista, que sale el Miércoles Santo a la calle, que se manifiesta a los sentidos en música, olores de antiguo y gloria en los ojos de quienes la contemplan. La otra, adusta y decimonónica, una apuesta particular de mi fantasía, donde nuestro paso de calvario pasea por las calles adoquinadas de su barrio, con sus flores de azahar, sus candelabros de palmas, sus servidores y sus viejas insignias, y el carmesí en el JESUS del antifaz de sus hermanos nazarenos. Y una tormentosa pesadilla donde esa, que doy por genuina y sublime, se deja invadir, mutar y hacerse moderna y actualizada. Y nuestro calvario abandona sus calles, donde las farolas alumbran las sillas vacías de tantos y tantos como la amaron, respetaron y enaltecieron. Siguen aguardando su paso los Blázquez, los Gil, los Laguna, los Rull, los Luquiño, Joaquin, el del Horno la Parra, y su hijo Joaquinito, el Titi el mariquita, que en paz descansa, el dueño de la fontanería de Camarena, Felipa la cobradora, los coches de caballos del Laverán, el Bar Marcial, la tienda de ultramarinos de Alfaqueque, en fin, el barrio... y verlo volver por la Puerta Real, donde en otra época, otros tiempos, le cantaba la "Finito", hermana de un banderillero de Joselito el Gallo, mientras esperaba el tranvía, el 7, y detrás del paso, acompañando a López Farfán y el Regimiento de Soria, un coro de campanilleros entonaba "Pasan los campanilleros" con su letra original

"En la cima del Monte Calvario
orlada de nubes, brillaba una Cruz.
Y a sus pies, con el Santo Sudario
esperaba María un rayo de clara luz.
Que luz era su Hijo Jesús,
luz radiante que alumbra cielos y tierra
y esparció en sus ascuas amor, caridad y virtud"

y tantos, tantos, que siguen esperando que su hermandad avive la llama de sus recuerdos infantiles y volver a sentirse parte de nosotros, y con nosotros la hermandad del barrio. No sabe esta Junta de Gobierno el acierto que tuvo al preferir el recorrido por las viejas calles del

Barrio, que nos hizo revivir la costumbre de antaño, y la felicito este año por volver a hacer felices a un montón de hermanos, unos, por tener más tiempo de recorrido hasta La Campana y hacer a los niños un poquito más de tiempo nazarenos y cofrades de las Siete Palabras, antes de sacarlos al llegar a la carrera oficial. Gracias, muchas gracias, en nombre de todos.

Hay una palabra, rotunda, única, precisa y nuestra. Perdón.

No la inventamos los cristianos, pero somos los únicos en usarla. El Código de Hammurabi, creado 1760 años antes del nacimiento de Nuestro Señor, es la avanzadilla terrenal DEL OJO POR OJO, comúnmente aceptado y aplicado por todas las religiones, o más llanamente y entendible, el que la hace, la paga. Y la palabra "perdón" está siendo arrinconada, y lo fue en los campos de exterminio, y en las contiendas armadas, y lo está siendo hoy en oriente medio e incluso dentro de la nuestra (religión) encuentra tolerancia y se ejerce en nuestras vidas más a menudo de lo que quisiéramos.

PERDON. Pasaron casi dos mil años desde el establecimiento de la devolución del daño como algo lógico, indiscutible y cotidiano hasta que unos locos, iluminados, hambrientos y mal vestidos, seguidores y discípulos de Jesús de Nazaret vinieron en su nombre, a decirnos que hay otras maneras, otro orden, más humano, más cercano, más de Cristo. Porque uno le preguntó que si debía de perdonar a su hermano más de siete veces. Siete, no... Y todavía hoy, en nuestro ámbito, en nuestras hermandades... no nos pasamos una... Y nos llamamos cristianos, y está bien. Y lo damos por bueno. Y no hacemos nada por remediarlo.

PACO MENUDO

Hay una palabra, que debe o debería abundar en las hermandades... amistad, porque la amistad es aquello que impone el compás en la parte izquierda del pecho, como testigo incuestionable del entendimiento total entre dos o más personas.

Hay un hermandad con mayúsculas,... que nos lleva a considerar la hermandad como un cúmulo de emociones intensas cuando sale a la calle, el día de la Función principal, o cada vez que sentimos como nuestro cualquier repercusión en el mundillo cofradiero que se refiera a las Siete Palabras, o cualquier éxito profesional, artístico o intelectual de uno de nuestros hermanos.

¡Qué alegría cuando un hermano sale en el periódico, cuando escribe y presenta un libro, cuando es entrevistado en televisión, cuando tiene éxito en los negocios, yo que sé....!

Esa hermandad con mayúsculas es intrascendente, vana y superficial, en comparación con aquella otra del día a día, que nos pone en relación y convivencia con nuestros hermanos.

Cuando un hermano se convierte en amigo... o cuando un amigo se convierte en hermano... el alma se nos inflama y nos sentimos felices por partida doble. Yo he tenido ese privilegio. Trabajar en la hermandad... y mano a mano con mi amigo.

Recuerdo que yo le traje, le animé, le presenté, y luego dejó tan profunda huella en esta Archicofradía que seguro que todos los aquí presentes tendrán una particular visión de su persona, sus maneras, su bondad y su condescendencia.

Grande y provechoso estar junto a él, aprender de él, disfrutar de su presencia y encontrar, dentro de la sonrisa, la más cálida, la más pura demostración de afecto y amistad que se puede pedir a un hombre. Como mayordomo de nuestra corporación dejó cátedra sentada... ejemplo de honradez, capacidad y mesura, porque mayordomos buenos y eficaces tiene, tuvo y tendrá la hermandad, pero más entusiastas y con más dedicación, será difícil; y como persona, el hueco de su ausencia es tan ancho, tan brutal, que jamás podrá ser cubierto.

Más, no lloréis mi desgracia; sigue estando conmigo en cada momento, en cada paso, en cada circunstancia. hablo con él, le pregunto y me responde, le llamo, y acude. Está siempre, y siempre estará.

Los hombres grandes, repito, dejan huella; en las hermandades, también. Lamentablemente, esa huella va desapareciendo y el olvido se apodera de su memoria. Pero de la mía, es difícil. Antes olvidaré mi nombre que su amistad y su compañía.

Me parece que fue ayer... y hace ya tanto...

MISERICORDIA

Hay una palabra, misericordia, sin la cual, el mundo, nuestras vidas, no tienen sentido. Las hermandades, si n ella, son fábricas de humo, la palabra Misericordia

Quiero dedicar a mis amigos de Cáritas, Lupe, Juan, y a todos los que de noche, en sus coches y pagando la gasolina, van a llevar el amor de Cristo en forma de alimento. Quiero que sepan también que nuestro papa Francisco sale de noche, de forma anónima, a llevar esa cena bendita a los sin techo, a repartir la misericordia del Señor entre los necesitados, a pronunciar ese pregón mudo y solidario que ofrecen a diario, sin público que les aplauda, sin versos, sin palabras vanas, el pregón del hambre que ellos convierten en el pregón del hombre, del desheredado, del humilde, del desamparado por la sociedad, porque los pregones deben ser siempre de los hombres, para los hombres y servir a los hombres, entre ellos, a los que no tienen nada, repartir a diario los dones del Espíritu Santo... la sabiduría y la inteligencia para entender el poder y las bondades que Dios nos está entregando en cada momento. Su temor, para evitar la tentación de este mundo carnalizado y falto de espiritualidad, piedad, para con el Señor y para con nosotros mismos, el consejo y la ciencia, luces que alumbren su gloria y los caminos de su benevolencia. Fortaleza, que imploramos en nuestras oraciones, para soportar los avatares de nuestras existencias.

Los sin techo, víctimas de ese sistema que estamos manteniendo entre todos y contra el que no nos rebelamos, instituido en nuevos principios morales y filosóficos nuevos, donde el

pez grande ya no se come al chico, sino en el que el pez listo se come al pez tonto... y qué mejor tiempo este que estamos viviendo para afirmarnos en ese otro dicho: “por la boca muere el pez”, más acorde, más del entorno del mundo cofrade, donde la palabra, esa palabra de la que muchas veces nos olvidamos o a la que renunciamos frecuentemente, ha dejado de tener el valor que hace años tenía. Un hombre era su palabra y su dignidad, y esos conceptos han ido dejando paso a la riqueza, al prestigio social o mediático o a determinada posición política o burocrática, es decir, todo aquello por lo que hoy, la gente nos admira. Yo admiro mejor, a Lupe o a Juan, legionarios de la noche, artífices del fruto de Cristo en la tierra, que germina y florece en las cenas que ellos reparten, la doctrina pura del maestro. Qué mejor misericordia... Amaos... amaos los unos a los otros....

SEVILLA Y LA VERDAD

Hay una palabra, y no la utilizamos... verdad. Y cuentan, y murmura, y dicen.... y algunas veces, en las hermandades. en su seno, no hay lugar para la verdad. Y no se dice por miedo, y por diplomacia, y suele usarse como arma arrojada, o como una ofensa... pero si Cristo mismo nos lo dice... Decid la verdad, ¡¡¡¡¡ la verdad, tío!!! pero si la verdad os hace libres... pero eso no lo cambia hoy nadie, nos gusta mucho el izquierdo por delante, los solos de corneta y la cerveza de barril, que son la cal que nos cubre, el blanqueador universal de los sepulcros que en realidad están podridos por dentro...

La mentira... la mentira es otra cosa... es muy difícil de definir, posiblemente no sea lo contrario de la verdad, en la mayoría de las ocasiones. Todos la utilizamos a diario, en cuestiones superficiales y a las que no damos importancia, la usamos para quitar hierro de los asuntos, para salir de situaciones, para alargar otras y otras veces para no hacer daño a quienes se la decimos. En el flamenco hay, como para casi todo, una letra para cada circunstancia:

Mentira llevan los aires,
los aires llevan mentiras,
y el que diga que no miente,
que diga que no respira...

En fin, puede ser hasta necesaria en nuestras vidas. Mientras que no sea patológica, debemos aceptarla como compañera de camino. Yo me quedo con la verdad.

¡Hasta en eso soy antiguo!. Dicen los que me conocen que soy muy antiguo, y posiblemente lleven mucha razón, pero eso me motiva, me gusta la historia y las tradiciones de esta ciudad, y dentro de ella me siento feliz, quiero decir de las murallas pa ´dentro, que es donde soy feliz, a mi manera. Y también sé que me quieren... lo sé porque nunca me toca la lotería, y mira que juego...

¡¡¡Antiguo!!! Y me dice alguno en la hermandad, que yo soy de Algarín hermanos, pero se equivoca, yo soy de Izquierdo Benito, y de Carmelo Orozco, y de los corrales de vecinos, y

de las candelas en los patios y de todo aquello que se va perdiendo.... porque fíjense ustedes el detalle:

Un niño entró en mi bar y se fijó en el búcaro... ¿Y eso, para qué sirve?

Pero regresa esa Sevilla cada vez que nieva, que me contaba mi padre que en el 54 nevó en Sevilla, y desde entonces no ha vuelto a suceder... ¿no ha vuelto a suceder? pero es que cada primavera no nieva en Sevilla? miremos A LOS PIES DE LOS NARANJOS DE CARDENAL CISNEROS... A LAS PUERTAS DE SAN VICENTE...

REMEDIOS

Hay una palabra, que es la que nos encargó Cristo que cultiváramos... Amor...

Las hermandades son como un río, el agua se va enconando pero viene otra agua de más arriba de su itinerario, empuja la mala y la purifica.

El amor, dentro de las hermandades, es la convivencia entre sus hermanos. Cuando la convivencia pierde su pureza y los enfrentamientos aparecen, aparece otra gente, otra agua fresca que purifica el ambiente y el amor vuelve a aparecer. Por eso sobreviven.

Cuando yo entré en la Hermandad no era muy distinta de lo que es hoy, poco más allá de la casa-hermandad, que no existía, el agremán, que tampoco, y el palio de plata que sí procesionaba, la hermandad era la misma... la misma... no... no, que salían tres túnicas distintas, una en cada paso. Pero esas cosas materiales que he citado, me parecen accesorias y prescindibles cuando del material humano se trata. A mi no me importan los palios ni los bordados, ni la orfebrería, ni los estrenos, A mí me importan las personas, las que sí me parecen o me han parecido siempre ese material imprescindible y que no puede fallar nunca.

Era más feliz ayudando a Eduardo Araujo a limpiar plata las tardes de cuaresma que cuando me vestía de nazareno, o ayudándole a Manolín a preparar los bocadillos de melva, o a buscar la simetría de las estrellas del cielo en los cajones de tornillos... lo que nunca supe es para qué sirve una entenalla.

Me gustaba la convivencia y tantos ratos de alegría entre nosotros, cantar con Menudo acompañándome a la guitarra y lo que le gustaba a Encarnita mi manera de cantar las colombianas...

Aprendí a impresionarme con la serenidad de un Diputado Mayor de Gobierno viendo salir la cofradía desde el altar mayor. "Yo debo estar cuando haga falta, pero si todo está saliendo bien... ¿Dónde está el problema?"

Me acostumbré a los mosqueos de Luis el gordo y a los milagros que obra Dios en las puntillas, a nuestros sagrados titulares en la capilla de Veracruz y a los viajes que había que dar a la iglesia de la Misericordia cuando salíamos de allí, parece mentira, transportar todos los enseres de una hermandad en una furgoneta...

Comí polvorones en cuaresma de la mano del hermano Víctor de madrugada y charlé con los ancianos que estaban allí recogidos... uno de ellos me contó que su padre había tallado los candelabros de nuestro Cristo y que eran hermanos de los de San Isidoro...

Descubrí la voz prodigiosa de Paquita Gómez de quien se aprende sólo con escucharla, más que en cien escuelas de saeta... o un poema dedicado a ella "veinticinco años..." de Julio Balcázar, que le fue leído en una comida de mi hermandad...

Supe más tarde que había compartido vivencias y horas de conversación con un hombre que a mi parecer es el más ilustrado en temas de historia y documentación de la Semana Santa de Sevilla, capaz de enmendar la plana a ilustres analistas e investigadores...

Estuve llenando sacos de arena con Manolo Vidal y llevándolos al almacén de los pasos, al final de Santa Clara, para que en los ensayos, la gente de abajo llevara más peso arriba...

Coincidió con una gente increíble, que trabajaba hasta la extenuación, noches completas dedicadas a la hermandad, que aportó concordia y solidaridad humana, y que marcó una época de florecimiento de nuestra corporación y a los que desde aquí quiero dedicar un cariñoso recuerdo... no puedo nombrarlos a todos y agradecerles uno a uno su trato, su amistad, me quedo con una frase de Fernando Salazar que decía: "Cuando me veas, no te echés mano a la cartera, échatela al corazón"...

Yo también trabajé mucho, todo lo que no me es imposible aportar hoy, por mi trabajo y mi edad, pero no cambiaría aquel tiempo por ningún otro...

Cuando yo entré en la hermandad, el corazón era –lo sigue siendo- un hombre bueno, cabal, serio y que dejó una profunda huella moral, humana y cofrade en mis convicciones cristianas, que en aquel tiempo andaban un poco tocadas, y que hizo por mí mucho más de lo que él cree y de lo que creen los propios hermanos de las Siete Palabras. Su nombre, Juan José Sánchez Almodóvar. Me abrió su corazón y el de la hermandad, su casa y su familia, y me demostró qué es y qué significa ser Hermano Mayor en las duras y en la maduras.

Cuando tenía a mi hija con dieciséis años muriéndose en un hospital, supe lo que es recibir el aliento de todos, miembros de junta o no, porque sucedió en cuaresma, y abandonaron –todos- el montaje de los pasos para estar allí, conmigo. Todos. Y esas cosas no se olvidan.

Amaos, los unos a los otros, de esa manera nos lo decía Cristo...

y ¿Cuál es el corazón de la ley? le preguntaron... Maestro... Rabí le llamaban...

Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu ser.

el segundo

Amarás a tu prójimo como a ti mismo

Así lo creemos y lo afirmamos y así está escrito en nuestras reglas y en esa cuaresma de tan triste recuerdo para mí, eso... fue cumplido.

Les ruego me perdonen pero yo no he venido qui, como han hecho otros pregoneros, a hacer un listado de las palabras de Jesucristo nuestro Señor en el árbol de la cruz, sino a hacer pequeñas reflexiones sobre palabras que me parecen necesarias en estos tiempos, y sobre todo he querido incidir en la de amor porque creo que es la más necesaria. Ya termino.

Aquí me tienen, espero no defraudarles. Lamento profundamente la ausencia de mis padres; nada les gustaría más que estar aquí, acompañándome, pero su salud se lo impide. Quiero mandarles un abrazo con toda mi alma y agradecerles ser quien soy.

También tengo tres nietas, y si Dios quiere, este próximo Miércoles Santo, acompañarán, con sus sonrisas limpias y su ilusión nazarena, a nuestros Sagrados Titulares en la estación penitencial. A mi me gusta, con mi cirio, acompañarlas, disfrutar esos momentos tradicionales, añejos, repetidos, pero que para ellas son momentos nuevos, momentos por vivir.

Creo que es en ellos, los niños, donde está la garantía sucesoria en nuestro empeño cofrade. Esa agua limpia que empuja más abajo del cauce esas otras corrompidas y que no dan fruto. Allí donde hay un caramelo habrá una devoción, y donde se reparta cera hoy, arderá mañana la llama de la fe en Cristo, donde broten ilusiones, en fin, habrá florecido el amor por nuestras tradiciones. Delante de mí las llevo, porque hicieron caso a mi llamada. Este pregón está dedicado a ellas.